

OVERWATCH®

LO QUE DEJASTE ATRÁS



UN RELATO CORTO DE ALYSSA WONG

LO QUE DEJASTE ATRÁS



RELATO CORTO
ALYSSA WONG

ILUSTRACIONES
ARNOLD TSANG

MODELO DE BAPTISTE MÉDICO
NATHAN BROCK

MODELO ORIGINAL DE BAPTISTE
HONG-CHAN LIM

CONCEPTO ORIGINAL DE BAPTISTE
BEN ZHANG

MAQUETACIÓN Y DISEÑO
BENJAMIN SCANLON

LOCALIZACIÓN
PABLO BARROSO Y MANUEL MATA





LO QUE DEJASTE ATRÁS

—Respira hondo, tita —dijo Baptiste.

Madame Thebeau, con setenta y pocos años y tan avispada como si tuviese la mitad, estaba sentada sobre la mesa de exploración con los pies colgando por un lado en zapatillas de plástico. Baptiste escuchó su respiración a través del estetoscopio pegado a la espalda de la anciana.

—Vale, bien.

—¿Has encontrado algo interesante, joven? —dijo ella mientras se estiraba y le guiñaba un ojo.

—Nada fuera de lo común. Todo parece funcionar como es debido.

Baptiste plegó el estetoscopio y le ofreció la mano para ayudarla a bajar de la mesa. Iba vestido para la clínica, completamente de blanco.

—Recibirás los resultados del laboratorio en una o dos semanas. La doctora Mondésir te llamará cuando estén listos. ¿O prefieres que le diga que llame a tu sobrino para que lo sepa?

—Tengo teléfono móvil. Puede llamarme a mí directamente.

Madame Thebeau se estiró, y sus coloridos brazaletes repiquetearon al resbalar por sus muñecas. Agarró la mano de Baptiste y bajó con suavidad de la mesa de exploración hasta el suelo de linóleo.

—Y tú también, de hecho. Aunque me parece que no tengo tu número.

Baptiste la acompañó hasta el recibidor.

—Bueno, por desgracia, me voy del pueblo muy pronto, así que no podré ocuparme de tu seguimiento. Pero te quedas en manos de la doctora Mondésir, que es muy competente.

La dejó con el recepcionista, un hombre de aspecto agobiado, y regresó al vestíbulo.

La diminuta clínica estaba abarrotada. Las dos salas de exploración habían estado ocupadas todo el día por un constante flujo de pacientes. Pese a que ya estaba muy avanzada la tarde, aún había varias personas en el vestíbulo, sentadas en sillas de plástico. Las paredes estaban pintadas de un amarillo alegre, y el aire acondicionado zumbaba ruidosamente de fondo.

La doctora Mondésir, un dechado de calma en la tormenta, salió de la segunda sala de exploración. Llevaba una tablilla con un sujetapapeles en la mano y las trenzas del pelo recogidas en un moño. Lo miró a través de las gafas.

—¿Cómo ha ido con madame Thebeau?

Baptiste se apoyó en la pared.

—Parece estar sana: presión sanguínea normal, pulmones en buen estado y sin problemas de reflejos. Lo he puesto todo en su historial.

—¿Te ha pedido tu número?

Baptiste suspiró.

—Sí.

La doctora Mondésir sonrió y se guardó la tablilla bajo el brazo.

—Te lo dije. ¿Qué le has dicho?

—La verdad: que solo voy a estar aquí unos días y que tú te encargarás de su seguimiento.

Volvió la vista hacia el vestíbulo. Madame Thebeau estaba sentada en una silla con aire sereno, jugando a un juego en su teléfono mientras esperaba a que su sobrino la recogiese. Enfrente de ella había un grupo de adolescentes, también con sus teléfonos, y Baptiste se preguntó si estarían jugando juntos.

—Ah, pero yo no tengo tus músculos, Jean-Baptiste —dijo la doctora Mondésir mientras le palpaba los bíceps.

La comisura de sus labios dibujó una sonrisa. Se dirigió al mostrador de recepción, con su bata blanca ondeando detrás.

—Es una pena que te vayas el viernes. Hacia muchos años que no te quedabas tanto.

Habían crecido juntos en el orfanato a las afueras de Port-de-Paix. A ella le había ido bien: estudió medicina; Baptiste, por su parte, sirvió en la Coalición Caribeña. Su sueño de infancia era construir una clínica para la gente del barrio, y había reservado una parte de sus ahorros para hacerlo realidad; todavía hoy le enviaba dinero siempre que podía.

—Ya sabes que no puedo quedarme en un mismo sitio mucho tiempo —dijo Baptiste.

«Y menos con Talon buscándome» pensó sin decirlo, aunque tampoco hacía falta. La siguió hasta la estantería tras el mostrador de recepción. Allí era donde la clínica guardaba sus archivos: la doctora Mondésir seguía confiando más en el papel impreso, pese al sistema digitalizado; estaba un poco chapada a la antigua en ese sentido.

—¿Necesitas ayuda para coger eso? —preguntó Baptiste mientras ella se ponía de puntillas para intentar alcanzar algo en el estante más alto.

—No seas engreído —contestó ella al tiempo que tiraba de un archivador rojo en cuyo lomo estaba escrito un año con rotulador permanente negro.

—Solo me ofrezco para darles uso a estos músculos —dijo Baptiste.

Vio que la doctora hojeaba el archivador con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo?

La doctora Mondésir observó la abarrotada sala de espera, antes de responder en voz baja:

—¿Puedes hacerme el favor de mirar en el armario de suministros?

Baptiste dirigió la mirada al papel: era un inventario. Ya había comprobado los suministros ese mismo día y no le había gustado lo que había visto: contenedores de plástico con unas pocas botellas, cajas con muestras antiguas, muchos estantes vacíos...

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Más de todo —contestó ella en voz baja al tiempo que cerraba el archivador.

Volvió a colocarlo en la estantería y empezó a hojear las carpetas a su alrededor.

—Aunque, a estas alturas, solo un inventario actualizado. Si no te importa...

Baptiste le puso una mano en el hombro.

—Roseline, ¿qué pasa? —dijo sin alzar la voz—. ¿Se está quedando la clínica sin dinero?

—Son tiempos complicados, pero el verdadero problema es que Sainclair Pharmaceuticals sigue subiendo los precios. Antes podíamos permitirnos los medicamentos a duras penas, pero ahora es casi imposible.

Se frotó la arruga permanente que tenía entre las cejas.

—Es criminal. Hasta hemos ingresado gente con complicaciones por haber estado tomando pastillas falsas. Cualquiera sabe qué llevarán. Pero, claro, cuando tus opciones son sufrir sin medicación o probar suerte con algo que podría ayudarte...

—No me parece que haya opción —remató Baptiste.

Echó una mirada al recibidor, lleno gente que esperaba pacientemente a que la atendieran. La imposibilidad de ayudar a la gente que te importa es un tormento. Ya había aprendido esa lección.

—¿Puedo ayudarte de alguna forma?

La doctora Mondésir sonrió. Tenía aspecto de estar muy cansada.

—A menos que tengas una varita mágica, lo dudo. La gente como Vernand Sainclair no cambia, ni siquiera cuando está en juego el bienestar de los suyos.

—Si todavía existiese Overwatch, lo echarían del pueblo —murmuró el recepcionista, un chico joven, apenas adolescente, que parecía casi tan agotado como la propia doctora.

Baptiste se preguntó cuánto tiempo llevaría la clínica con problemas.

—Como he dicho, una varita mágica —dijo Mondésir con voz seca.

Una de las jóvenes que había junto a la pared se enderezó.

—Yo he oído que Overwatch ha vuelto —dijo.

Sus amigos también levantaron la mirada. Habían crecido muy rápido en su ausencia. Los recordaba corriendo por el barrio, aún en primaria, la última vez que había estado de visita. Hacía cuatro años, justo antes de abandonar Talon.

Baptiste se apoyó en el mostrador.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde lo has oído, Esther?

La chica se encogió de hombros y volvió a mirar su teléfono.

—En la red. Está por todos lados si sabes dónde buscar.

—No deberías creerte todo lo que lees en internet —dijo Baptiste con una sonrisa relajada.

Sin embargo, la entendía: él también había soñado con Overwatch cuando era un adolescente y había creído en héroes relucientes como los de la tele y los pósteres de reclutamiento, que mantenían la paz y protegían a la gente de todo el mundo.

Antaño, él había ansiado ser así; por eso se había unido a la Coalición Caribeña y se había hecho médico. Pero Overwatch nunca pisó Haití y, para cuando se disolvieron, los sueños de Baptiste ya habían caído en el olvido. Había muchas formas de ayudar a la gente y no todas eran tan sencillas como tener tu cara en un póster.

—Esther, parece que te toca. Vamos a la sala de exploración A —dijo.



La chica se levantó y se sacudió los pantalones. La correa de su mochila tenía pintado un símbolo de Overwatch con rotulador permanente. Al sorprenderlo mirándolo, lo cubrió con la mano y apartó los ojos.



Ya era de noche cuando Baptiste salió de la clínica. Había insistido en quedarse hasta que se hubiese atendido a todos los pacientes. «Me estás haciendo quedar mal —había señalado fríamente la doctora Mondésir, como si ella no hubiese seguido trabajando hasta el amanecer de haber estado sola—. No está de más contar con ayuda adicional».

Esto era lo que mejor le hacía sentir: trabajar duro y cuidar de la gente del barrio. Mientras recorría la calle, se dio cuenta de que había echado de menos su hogar. El nítido sonido del aleteo de las cigarras, el pegajoso aire de verano, que tan bien conocía, el delicioso aroma a griot tradicional que emanaba de los puestos de comida... Todo. Desde su marcha de Haití y de Talon, había recorrido el mundo sin permanecer en un sitio demasiado tiempo. Pero siempre acababa volviendo a Port-de-Paix.

«Hacía muchos años que no te quedabas tanto».

A veces, le habría gustado poder quedarse, pero era peligroso, tanto para él como para gente como Roseline y madame Thebeau. Cuanto más tiempo estaba en un sitio, más fácil era de localizar, y, si Talon lo alcanzaba, no se preocuparían por los posibles daños colaterales.

—No tiene sentido perder el tiempo que me queda —dijo en voz alta con la mirada puesta en las estrellas.

El cielo era como un ancho cinturón sobre los pálidos edificios, y la luna, prácticamente llena, brillaba con fuerza.

—Sobre todo, en una noche tan bonita como esta.

Se dirigió a su bar favorito, un lugar llamado Lefort's. Era muy popular entre los oriundos, y Baptiste conocía al dueño, monsieur Lefort, desde niño. Era un hombre alegre y agradable que solía ofrecerles a Baptiste y a Roseline vasos de zumo de papaya en los días calurosos del verano. Lefort's era un sitio al que la gente acudía a relajarse.

Sin embargo, aquella noche pasaba algo extraño. El local estaba casi vacío a pesar de la hora. Solo había dos personas en la barra. La primera era un hombre enorme y de espaldas anchas que estaba cubierto de tatuajes. Vestía como un turista, con una camisa tropical muy hortera y unas gafas de sol, y tenía una mecha blanca en el cabello oscuro que lo atravesaba como un relámpago.

—¿Cómo llamas a esto? —le estaba diciendo a monsieur Lefort, que estaba atrapado tras la barra.

El desconocido tenía en la mano un cóctel de colores llamativos con una orquídea de adorno que parecía diminuto en su enorme manaza. La última vez que Baptiste había visto esas manos, acababan de estrujar el cuello de un hombre que llevaba armadura de combate.

—Está delicioso. No, en serio, está muy bien. Nguyen, ¿a ti qué te parece?

El otro individuo de la barra, un delgado vietnamita con ropa elegante, volvió la mirada hacia Baptiste. Frente a él, en la barra, había un sombrero de paja.

—Pues sí que ha tardado —dijo en voz baja. Era una voz que Baptiste había escuchado durante todos los informes de misión: fría e indiferente—. Espero que valga la pena, Mauga.

El gigantón se dio la vuelta. Al ver a Baptiste, esbozó una amplia y relajada sonrisa.

—Hola, amigo —dijo, y el sonido de su voz hizo que se le erizasen los pelos del cogote a Baptiste—. No pensarías que ibas a poder eludirnos para siempre, ¿verdad?



Cuatro años antes.

Llegaron a Monte Cristi al alba. La nave se detuvo sobre la playa con las aspas cortando el aire. En su interior, Baptiste estaba sentado junto al resto de su escuadrón con el fusil sobre las rodillas. El movimiento los zarandeaba de un lado a otro, y el estruendo de la nave de transporte le resultaba tan familiar como los latidos de su corazón.

—Tenéis permiso para aterrizar —dijo Nguyen. La voz del analista penetró por el auricular de Baptiste tan fría como la nieve.

—Eh, amigo. ¿Estás teniendo pensamientos raros?

Mauga le dio un porrazo a Baptiste en el hombro y sonrió. Al acercarse, la armadura corporal que cubría su enorme cuerpo rechinó. Sobre su pecho resplandecía la insignia de Talon en color rojo vivo.

—Estoy seguro de que no son cosas que te gustaría compartir en una conversación normal, pero esta no es una situación normal. ¿Qué se te está pasando por la cabeza?

Baptiste sonrió.

—Más de lo que a ti te pasa por la tuya.

Mauga se echó a reír.

—No vayas de sobrado. Aquí hay puro Shakespeare —dijo mientras se daba unos golpecitos en la frente.

Le gustaba hacer el papel de gorila enorme y estúpido, pero era astuto y peligroso, algo que Baptiste agradecía. Se habían conocido durante sus primeros días en Talon, y Baptiste se fijó en él enseguida. Cómo

no hacerlo: era mucho más alto que el resto de reclutas y hablaba rápido y sin tapujos, llenando el aire con su personalidad. Tenía algo que atraía a los desconocidos y los hacía sentir como si fueran viejos amigos.

Mauga también se había fijado en él. Atrajo a Baptiste a su órbita y lo acogió bajo su tutela.

«Me da la sensación de que tú me entiendes, Baptiste —le dijo en una ocasión—. Quédate conmigo y nos abriremos paso hasta la cima». A Baptiste eso le había sonado bien, así que se hicieron inseparables. Ahora, cuando estaban juntos sobre el terreno, cada con cada, parecía que no hubiera nada que pudiese detenerlos.

—¡Atención! —gritó el capitán Cuerva, su superior.

Recorrió la estrecha pasarela entre las dos filas de tropas.

—El cartel Playa ha estado invadiendo nuestro territorio. Nuestra misión es encontrar y eliminar a su líder, Daniel Fernández. Nuestros servicios de inteligencia han localizado su escondrijo: vamos a entrar, atraparlo y salir. ¿Entendido?

—¡Entendido! —gritó Baptiste junto al resto del escuadrón.

Mientras sobrevolaban Monte Cristi, una sensación de inquietud que no era capaz de evitar embargó a Baptiste. Todo el mundo estaba de buen ánimo y preparado para pasar a un estado de máxima concentración en cuanto aterrizasen, pero sus risas sonaban a vacío.

O pude que fueran imaginaciones suyas. Las últimas misiones habían sido duras y algunas habían involucrado a los civiles. Baptiste se había quedado muy tocado. Se había unido a Talon porque no tenía sitio adonde ir, pero, tras esas misiones, había empezado a pensar en dejarlo.

Sin embargo, conocía la verdad: la única forma de abandonar Talon era en un ataúd.

La nave de transporte aterrizó en la arena con un golpe seco. Baptiste se estremeció en su asiento con el arma bien agarrada. El impacto lo empujó contra el cuerpo descomunal de Mauga.

—Todo despejado —dijo la voz de Nguyen en su oreja entre el chirrido de la estática—. Adelante.

Las puertas se abrieron, y el capitán Cuerva se volvió hacia la playa. Más adelante se veía el pequeño pueblo pesquera, tranquilo y oscuro. No había luces en las ventanas.

—¡Vamos!

Baptiste se levantó, y Mauga con él.

—Sea lo que sea que te inquieta, olvídalo: entra, haz tu trabajo y cobra —dijo Mauga con el volumen justo para que lo oyese.

Levantó sus dos ametalladoras (cada una de ellas tan grande como un hombre adulto) como si no pesasen nada. Los depósitos de refrigerante en su espalda resplandecieron en la tenue luz.

—Vale —dijo alzando la voz para que se le oyese por toda la nave—, ¿quién está preparado para pasarlo bien?



—Deja que te invite a una copa —le ofreció Mauga.

Estaba sentado ante la barra, a la derecha de Baptiste, oprimiéndolo con su corpulencia. Nguyen, al otro lado, exhibía una mirada fría e inexpresiva.

—Uf, tío, ¿quieres uno de estos? Está impresionante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Baptiste en voz baja.

Desde su posición, podía contar las salidas del bar: las ventanas de las paredes, la puerta trasera de la cocina y la puerta principal, todas ellas a una eternidad de distancia.

—Pues, como puedes comprobar, estoy disfrutando del sol y la agradable brisa marina —contestó Mauga señalándose la camisa, cubierta por unos horribles loros de horribles ojos amarillos—. Me recuerda a mi hogar. El cuartel general de Talon es muy deprimente, y está bien salir de Roma de vez en cuando.

—Pero si casi nunca estás en el cuartel general —repuso Nguyen con brusquedad—. Y no estamos aquí para hacer turismo ni para socializar.

Mauga se encogió de hombros.

—Solo intento sacarle el máximo partido a un viaje de trabajo. ¿Ves lo que tengo que aguantar, Baptiste? Le he comprado un sombrero y ni siquiera se lo pone.

Nguyen contempló el sombrero de paja de la barra como si fuese la cosa más horrible que hubiera visto nunca. El sol le había dejado una quemadura rosa que le cruzaba la nariz.

Mauga echó uno de sus colosales brazos alrededor del hombro de Baptiste y lo estrechó con tal fuerza que le cortó la respiración.

—En fin, que estábamos de paso en el pueblo por un trabajillo y pensé «Oye, ¿sabes a quién no he visto en una eternidad? ¡A Baptiste! Lo mismo le apetece tomarse algo con nosotros, por los viejos tiempos».

Cuando se trataba de Mauga o Nguyen, no existían las casualidades. Baptiste había pasado cuatro años eludiendo a Talon, así que tenían que habérselo propuesto para encontrarlo. Seguramente fuera cosa de Mauga.

—Ve al grano —dijo Baptiste con aspereza.

Mauga se estiró por encima de la barra y agarró una botella de ron y unos cuantos vasos. Monsieur Lefort, en lo que seguramente fuera una demostración de sensatez, había desaparecido en la parte trasera del bar.

—No seas tan frío. No te veía desde lo de Monte Cristi.

Bajó la vista hacia Baptiste, que pudo notar la rabia en sus ojos.

«Monte Cristi. Los chillidos, el humo, las casas en llamas... Corría y le dolían los pulmones, pero sabía que debía escapar...».

—Hace tiempo, sí —reconoció Baptiste mientras apoyaba los codos sobre la barra.

El corazón le martilleaba en el pecho.

—Cuatro años, y ni te dignas a escribirme. Eso me ha lastimado, colega, mucho.

Se dio una palmada en el pecho con tanta fuerza que Baptiste se encogió.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? ¿Romper corazones? ¿Viajar por el mundo? No, mejor no me lo digas, que vamos a tener mucho tiempo en el trayecto de vuelta al cuartel general de Talon.

—No pienso ir —dijo Baptiste.

—No era una petición —replicó Nguyen con una voz que hendía el aire como un cuchillo.

Mauga suspiró.

—Tan agradable como siempre. Lo que nuestro amigo común quiere decir es que puedes intentar resistirte, pero todos sabemos cómo acabaría eso. Y, si te ocurriese algo, ¿quién se iba a ocupar de salvar tu clínica? Hay que tener visión de conjunto, Baptiste. Lo único que tienes que hacer es cooperar y ayudarnos con una operación, y el resto saldrá a pedir de boca.

El brazo de Mauga era como una losa sobre su hombro. Parecía pesar tanto como una persona pequeña. Era imposible que Baptiste ganara una salida sin que lo machacase. Notó cómo se quedaba sin opciones, caídas una a una como hojas muertas. Tenía que haber una escapatoria; solo era cuestión de encontrarla.

—¿Cuál es el trabajo? —preguntó.

Mauga esbozó una sonrisilla alargada y taimada, que Baptiste reconoció al instante: significaba que creía que había ganado.

—Ya conoces Sainclair Pharmaceuticals. Son los proveedores de tu clínica, ¿verdad?

«De mi clínica y el resto de instituciones médicas de Haití», pensó Baptiste.

—O, al menos, lo serían si alguien pudiese permitirse sus precios —puntualizó Nguyen al otro lado de Baptiste.

Colocó uno de los vasos frente a este. En cualquier otra persona habría sido un gesto cortés; en Nguyen parecía una amenaza.

—Qué poca visión de futuro: si tienes el monopolio, controlas el mercado, pero, si subes demasiado los precios, no queda nadie para comprar.

Mauga alzó su vaso y brindó por ambos.

—Vernand Sainclair es un mal hombre, como el resto de nosotros. Sin embargo, la diferencia es que, últimamente, se ha puesto caprichoso y no le está pagando sus deudas a Talon. Está ganando dinero a manos llenas y les roba a tu gente y a la nuestra. Así que vamos a hacerle una visita para recordarle a quién le debe su éxito.

Roseline había dicho que haría falta una varita mágica para conseguir que Vernand Sainclair cambiase de parecer, y la clínica tenía una necesidad apremiante de medicamentos y suministros. Baptiste no era una varita mágica, pero...

—Apretarlo un poco, aumentar la presión —dijo lentamente.

Mauga sonrió.

—Sabía que lo verías como yo. Hemos pensado que quizá se muestre más receptivo ante alguien de la zona, alguien conocido. Si juegas bien tus cartas, estoy seguro de que estará encantado de proporcionarle todo lo que quieras a tu clínica.



Baptiste tomó un trago de ron y sopesó sus opciones. No conocía a Sainclair en persona, pero también era de Port-de-Paix. Podía ser su oportunidad de negociar todo lo que requería la clínica. Aun así, conocía demasiado bien a Mauga y Nguyen como para fiarse ni un pelo de ellos.

Lo habían sorprendido: sabían dónde estaría y lo estaban esperando. También sabían lo de la clínica, así que, aun en el caso de que lograra escapar, Roseline y los demás estarían en peligro. Tal vez sería capaz de batir a Nguyen en una pelea uno contra uno, pero Mauga era como un demonio. Enfrentarse a los dos a la vez era un suicidio.

Titubeó un momento. Entonces, alzó su vaso y, con un tintineo, tocó el de Mauga con él. Tenía el estómago revuelto.

—No me dejáis muchas opciones, pero, si es así como va a ser, me apunto. ¿Cuál es el plan?

Nguyen le pasó un sobre sin nada escrito.

—Aquí están los detalles. No lo abras hasta que llegues a un lugar seguro. Y quémalo después de leerlo —añadió.

Cuando Baptiste estiró el brazo para cogerlo, Nguyen se aferró a él durante un instante. Sus miradas se encontraron.

—Yo no estaba de acuerdo en contar contigo, Augustin. Le dije a Mauga que necesitábamos a alguien fiable, pero él insistió. Haz que me merezca la pena.

Soltó el sobre y se acomodó en su asiento.

Baptiste se metió el sobre en el bolsillo al tiempo que archivaba esta información en su cabeza para más adelante.

—¿Y qué pasa tras la misión? —preguntó.

«¿Con nosotros? ¿Con esto?».

Después de todo, la única forma de abandonar Talon era en un ataúd.

Mauga sonrió, con el brazo todavía sobre el hombro de Baptiste.

—No te preocupes por eso, amigo —comentó.

Se llevó la mano al bolsillo y dejó un fajo de billetes sobre la barra. A Baptiste no le hizo falta contarlos para saber que cubría las bebidas de aquella noche y, posiblemente, de la semana siguiente.



OVERWATCH®

LO QUE DEJASTE ATRÁS



El analista se levantó el primero del asiento y se perdió en la oscuridad como una sombra. Mauga se detuvo en el umbral de la puerta como una montaña bañada en una tenue luz anaranjada. Los mosquitos zumbaban en torno a las luces que colgaban de los travesaños del techo.

—Nos vemos mañana a primera hora —señaló antes de esfumarse en la noche.



Todo estaba ardiendo. Baptiste atravesó las llamas a trancas y barrancas en busca del enemigo. Casi no veía. El pueblo era una zona de guerra, y los soldados de Talon se desplazaban por el humo como espectros de resplandecientes cascos rojos. A su alrededor, el fuego consumía las casas y derrumbaba los techos. No se oía otra cosa que disparos y gritos de civiles.

Al principio, la misión había discurrido según lo previsto: aterrizaron y se dirigieron hacia la guarida del cartel Playa sin demasiadas complicaciones. Pero al llegar al escondrijo de Fernández, se encontraron con que había desaparecido.

El capitán Cuerva les había ordenado que destrozaran el pueblo hasta localizar al objetivo. Y lo hicieron: derribaron puertas y sacaron a la gente a gritos. Lo único que hallaron fue civiles aterrorizados, y Baptiste pensó que la misión había fracasado. Frustrado, salió fuera para otear la zona.

Fue entonces cuando los aviones de Talon descendieron y abrieron fuego contra el pueblo.

Monte Cristi quedó arrasado. Baptiste se vio alcanzado por la primera explosión, que lo arrojó de nuevo al interior de la casa. Tenía el casco dañado, así que se lo arrancó de un tirón. Al incorporarse de nuevo, se dio cuenta de que la familia que vivía allí había quedado atrapada bajo los escombros. Los liberó con dificultad y los escoltó hasta un lugar seguro, pero, cuando llegó a la calle, reparó en que había desaparecido todo el barrio. Mientras estaba distraído, la familia huyó.

—¿Qué está pasando? —gritó por el micrófono—. ¡Hay civiles atrapados en el fuego cruzado!

La voz del capitán Cuerva resonó en sus oídos:

—Igual que usted, teniente Augustin.

—Pero, señor...

—Tenemos que dar un escarmiento con la escoria del cartel Playa. Si no nos entregan a Fernández, sufrirán las consecuencias.

Baptiste atisbó el destello de algo brillante. Sus compañeros de escuadrón estaban amontonando bienes robados en medio de la calle: objetos de valor apilados unos sobre otros; ropa amontonada; posesiones de la gente y reliquias familiares metidas en cajas... Varios miembros del escuadrón escarbaban en el montón para llevarse cosas. El soldado Doubleday pasaba las manos por las joyas como un rastrillo mientras Mazzei le tiraba monedas antiguas. Otro soldado, Paconowsky, se dedicaba a lanzar por los aires puñados de billetes de dos mil pesos para que llovieran sobre el resto del escuadrón. Se reían como si se lo estuviesen pasando en grande.

El aire olía a quemado.

Baptiste notó un movimiento brusco a su derecha. Alzó el fusil para apuntar hacia allí. No era fácil distinguir algo en medio del humo, pero una pequeña figura se estaba aproximando a él.

—¡Atrás! —gritó mientras avanzaba entre las llamaradas.

La figura se detuvo, y Baptiste vio que se trataba de una muchacha joven con un vestido desgarrado. La chica levantó hacia él una mirada de ojos brillantes y furiosos. Llevaba una roca apretada dentro del puño. Pudo verse reflejada en aquellos ojos: un soldado desconocido que había destruido su hogar.

Retrocedió un paso mientras comenzaba a bajar el cañón del fusil. Se dio la vuelta y corrió entre el humo y los escombros, perseguido por el sonido de los gritos.



Baptiste se despertó sin aliento y sudando. Buscó su teléfono a tientas y estuvo a punto de tirarlo al suelo de su habitación de hotel. Los brillantes números de la pantalla marcaban las 04:03.

El sueño tardó un poco en desaparecer de su cabeza. Aún captaba el olor de las casas en llamas.

Sacó una caja de debajo de la cama y levantó la tapa. En su interior había una armadura de combate blanca y una bufanda con un emblema médico cosido. Colocó las botas delante de sí y pasó las manos por encima de su pesada estructura metálica. Cada bota estaba equipada con un exoesqueleto que aumentaba su movilidad. Apretó una de ellas con delicadeza para asegurarse de que aún funcionaba, y las juntas dejaron escapar un suave siseo para confirmarlo. Hacía mucho que no se la ponía, pero el peso de la armadura se aposentó con suavidad sobre sus hombros, con la familiaridad de un viejo amigo.

Recogió con rapidez y se colgó sus cosas al hombro. Antes de salir, sacó un mechero. Acercó el borde de la carta a la llama y contempló la insignia de Talon de la esquina mientras el papel se enrollaba, se arrugaba y se convertía en ceniza.



La mansión de Vernand Sainclair se levantaba en un amplio y hermoso recinto. El majestuoso edificio de tres plantas contaba con tejados puntiagudos, balcones elegantes y molduras decorativas. Para Baptiste, la casa victoriana de muros blancos parecía salida de un cuento de hadas bajo el sol de mediodía.

—¿Sabíais que esto era antes un hotel histórico? —dijo Mauga mientras hojeaba una guía turística.

Ocupaba todo el asiento trasero del coche, y había depositado sus dos enormes armas en el suelo. La pesada armadura de combate de Talon traqueteaba de camino a la entrada principal. Ya no llevaba aquella camisa de loros tan fea, pero sí conservaba las gafas de sol.

—Antes de eso, perteneció a una familia de políticos, pero todos murieron de formas horribles. Tiene que ser una casa encantada.

—No pierdas la concentración —le espetó Nguyen con brusquedad.

Seguía ataviado de forma impecable, con el mismo traje oscuro con corbata. Baptiste, vestido con su armadura de combate blanca, ocupaba el asiento de copiloto junto a él, con el casco en el regazo.

—He concertado una cita, así que Sainclair estará esperándonos. Entramos, nos llevamos lo que buscamos y nos vamos. Así de simple.

Baptiste lo miró de reojo.

—Qué raro verte sobre el terreno —apuntó.

—A veces, tienes que ocuparte tú mismo de tus cosas —repuso Nguyen.

Se detuvo en la entrada y colocó una placa frente a los sensores. Después de que sonara un pitido, las puertas se abrieron rechinando.

Mientras los llevaban al interior de la mansión, Baptiste notó que había algo raro. El informe de Nguyen mencionaba que las fuerzas de seguridad de Vernand eran una mezcla de unidades de Talon y contratistas militares privados. Sin embargo, no había efectivos de Talon a la vista. Nguyen iba por delante con el guía, mientras que Baptiste y Mauga los seguían en retaguardia. Baptiste le echó una mirada a Mauga, que asintió levemente.

El guía abrió unas pesadas puertas delante de varias hileras de estanterías. En el interior de la biblioteca los esperaban media docena de guardias armados, pero no había ni rastro de Vernand Sainclair.

Raudo como el viento, Mauga se puso delante de Nguyen y activó un escudo de energía. Al oír que se cerraban las puertas a su espalda, Baptiste se dispuso a cubrir la retaguardia con el fusil preparado. Los guardias levantaron sus armas, pero el primer disparo fue de Nguyen, con una pistola que Baptiste ni siquiera le vio desenfundar. Uno de los hombres se desplomó en silencio.

Una lluvia de balas enemigas repiqueteó contra el escudo de Mauga, pero este aguantó perfectamente. Baptiste dejó incapacitados a los dos guardias más cercanos con una serie de disparos certeros. Se volvió y alcanzó al tercero antes de que pudiese rodear el escudo. Nguyen abrió fuego contra otro y luego apuntó al último guardia vivo.

—Espera, no lo mates —dijo Mauga.

Nguyen asintió antes de girar ligeramente el arma. La bala atravesó el muslo del hombre, que se desplomó con un grito. Mauga desactivó el escudo y avanzó hasta al guardia, al que levantó en vilo contra una estantería. Con una de sus descomunales manos al cuello, lo sujetó en el aire.

—Pues vaya un comité de bienvenida —dijo Baptiste mientras bajaba el arma.

El corazón le palpitaba con fuerza. La biblioteca había quedado destrozada.

—Dejad que adivine: esto no formaba parte de vuestro impecable plan, ¿no?

Nguyen enfundó el arma.

—Era una posibilidad —contestó con voz monocorde.

Parecía indignado por lo sucedido, algo que, en secreto, le produjo a Baptiste una punzada de satisfacción.

—Esperaba que no llegásemos a esto. Lo más probable es que nuestras fuerzas estén muertas.

—A ver, ¿dónde está tu jefe? —preguntó Mauga al guardia que tenía sujetado contra la pared. El hombre emitió un gorgoteo—. Ay, perdona. No te he oído. Te lo preguntaré otra vez —repitió mientras le oprimía el cuello con más fuerza aun.

Saltaba a la vista que estaba disfrutando. Estos eran los momentos en los que caía la máscara del amable Mauga charlatán y Baptiste podía ver al asesino que había detrás. Su excompañero era ambas cosas, lo cual lo convertía en un peligro aún mayor. Solamente una persona había sido capaz de calmarlo en ese estado: el propio Baptiste.

Se aproximó y apoyó el antebrazo contra la pared.

—Afloja un poco. Creo que está intentando decírnoslo —susurró con voz suave, centrándose en Mauga.

Siempre había logrado controlarlo con paciencia y palabras cautelosas, pero hacía años desde la última vez, y Mauga parecía más fuerte que nunca.

Mauga se volvió hacia él con la mirada llena de violencia y sin el menor atisbo de familiaridad o calma en su rostro. Durante un instante, Baptiste sintió un acceso de auténtico miedo. Entonces, Mauga sonrió y rebajó la presión. El guardia dio unas bocanadas de aire.

—Lo siento. Vale, amigo, ¿dónde está Sainclair? Venimos a por él, no a por ti.

—En su despacho... En la planta de arriba —respondió el hombre con voz ronca.

—Gracias, colega —dijo Mauga alegremente, antes de apretar con más fuerza.

El hombre se desplomó inerte sobre la alfombra.

—¿Por qué siempre es en la planta de arriba? —musitó Baptiste.

Cuando Mauga y él eran compañeros de escuadrón, realizaban operaciones como aquella constantemente. Casi sin darse cuenta, había recaído en patrones conocidos y actuaba por hábito y memoria muscular, incluso durante el interrogatorio.

—Has hecho un buen trabajo, Baptiste —dijo Mauga mientras le daba una palmada sobre el hombro. Parecía orgulloso—. Es como si nunca te hubieses ido.

«Eso es lo que me asusta», pensó Baptiste mientras contemplaba los cuerpos que cubrían el suelo de la biblioteca. Bajo la vista hacia su arma. Le había resultado demasiado fácil convertirse de nuevo en el antiguo Baptiste. Había dedicado muchos años a romper con sus viejas costumbres y le daba la sensación de que habían regresado en mero un instante con el doble de intensidad. ¿Era por la influencia de Mauga o se trataba de algo en su interior que era imposible de sofocar?

Nguyen sacó una fina tableta electrónica y desplegó un plano holográfico de la mansión.

—Vamos a tener que abrirnos paso peleando. Por suerte, el camino es muy sencillo. Tan solo hay que subir por la escalera principal.

—¿No hay otra forma? —preguntó Baptiste mientras estudiaba el plano.

—No he venido aquí para escalar balcones —replicó Nguyen—. Ya están advertidos de nuestra presencia, así que debemos movernos con rapidez y decisión, aprovechar las coberturas que podamos y no correr riesgos innecesarios.

—¿Yo? En la vida —dijo Mauga mientras sacaba de las fundas de la espalda sus enormes armas.

Baptiste escudriñó el plano en busca de cualquier cosa fuera de lo común: un pasaje secreto, una puerta oculta... No parecía haber nada, pero eso no significaba que no existiese.

La gente como Vernand Sainclair siempre contaba con una vía de escape.

—¿Qué pasa, Baptiste? —dijo Mauga mirándolo—. ¿Ves algo?

Baptiste apartó la vista del plano y se encogió de hombros.

—Nada interesante —respondió—. Deberíamos ponernos en marcha antes de que lleguen los refuerzos.

—Excelente —declaró Nguyen mientras echaba a andar entre los cuerpos de la alfombra.



Se abrieron camino luchando por la escalera principal entre columnas ornamentales y estatuas de piedra importadas. Las balas hacían trizas las recargadas barandillas. El escudo de Mauga los protegió mientras avanzaban. Baptiste y él se movían a la par, con la facilidad de unos soldados habituados a luchar juntos. Habían transcurrido muchos años, pero aquella familiaridad volvía a manifestarse rápidamente, tan natural como la respiración.

—Te he echado de menos, que lo sepas —bramó Mauga entre el estruendo de los disparos.

Se notaba que estaba disfrutando de cada momento de la batalla, paladeando la adrenalina. Baptiste sentía el mismo torrente por sus venas.

—Te has pasado todos esos años a la fuga cuando podríamos haber estado haciendo esto. No me digas que no lo has echado de menos.

¿Llevaba razón? Más de lo que Baptiste estaba dispuesto a admitir. Había estado huyendo durante años y ahora, haciendo esto, se sentía cómodo; no por formar parte de Talon, sino por estar en un sitio donde encajaba, con un equipo fiable a su lado. Eso es lo que había encontrado al incorporarse a la Coalición Caribeña y, más tarde, con Mauga y su escuadrón. Cuidar de la gente le aportaba equilibrio y plenitud.

Sin embargo, Talon era diferente. Lo que pretendían que hiciese lo reconcomía por dentro. Al final, había abandonado por un buen motivo, y no podía olvidarlo.

—Vigila tu espalda —gritó en lugar de contestar, mientras derribaba a un mercenario que estaba a punto de abrir fuego contra Mauga.

—¡Ese es tu trabajo! —exclamó este entre carcajadas

Su arma abrió hueco entre los guardias agolpado en lo alto de la escalera y los obligó a cubrirse. Se le veía en su elemento: salvaje y desatado. Como siempre se había mostrado en sus misiones aquel huracán con forma de hombre.

«Contigo a mi lado, podemos conseguir cualquier cosa —le había asegurado a Baptiste en una ocasión—. Eres el mejor médico de Talon. Si tú me mantienes con vida, yo te protegeré. Nadie podrá detenernos».

El despacho de Sainclair se encontraba en la tercera planta, al final de un largo pasillo. Las paredes estaban cubiertas de enormes retratos que los observaban con mirada amenazante. El empapelado era horrible.

Baptiste avanzó en silencio e hizo un gesto de cabeza a Mauga. Nguyen permaneció cerca de la pared opuesta. El hombretón, con una gran sonrisa, embistió la puerta con el hombro y la abrió de par en par con estrépito.

El mobiliario del despacho era tan opulento como el resto de la casa y, en el techo, un amplio tragaluz con vidrieras proyectaba formas de colores sobre la alfombra. Vernand Sainclair estaba tras el escritorio con un revólver en las temblorosas manos. Era un hombre apuesto, con un traje de color tinto y joyas de oro. Sin embargo, el pálido reflejo del sudor sobre su rostro deslucía su apariencia general.

—Sé por qué estáis aquí —empezó a decir con voz firme—, y sé lo que parece, pero juro que soy fiel a Talon.

—Vaya, me has convencido —dijo Mauga antes de levantar una de sus gigantescas armas y activar su escudo.

Esbozó una sonrisita amplia y peligrosa.

Sainclair apretó el gatillo dos veces. Las balas rebotaron en el escudo y destrozaron los paneles de las grandes cristalerías que daban a los jardines.

Baptiste dirigió la mirada a las ventanas y luego otra vez a Sainclair.

—Mala idea —anunció mientras negaba con la cabeza.

Nguyen avanzó con paso firme, protegido por el escudo de Mauga.

—Nos has preparado una trampa y has asesinado a las fuerzas que destinamos aquí para protegerte —rugió.

Le arrebató la pistola a Sainclair y la estampó contra el escritorio.

—Hasta he tenido que pedir cita. Y, aun así, nos sigues causando molestias. Dame una sola razón para no meterte una bala en el cráneo ahora mismo.

—¡Tengo información que os hace falta! —exclamó Sainclair atropelladamente—. No me disparéis. Solo voy a coger esta tableta para enseñaros lo que contiene.

Estiró la mano con cuidado hasta un dispositivo que había sobre la mesa.

Baptiste siguió sus movimientos sin dejar de apuntarle. Sainclair echó la vista una vez hacia el revólver, pero no intentó quitárselo a Nguyen. En su lugar, activó la tableta electrónica y seleccionó un archivo: un holograma de la Tierra en color dorado empezó a rotar suavemente en el aire. A continuación aparecieron una serie de puntos de luz sobre el globo. A medida que el planeta giraba, iban surgiendo retratos fotográficos sobre ellos.

Pero entonces Baptiste se dio cuenta de que no eran retratos, sino dosieres.

Una voz desconocida empezó a hablar: «Agentes, Overwatch os necesita. El mundo nos necesita ahora más que nunca. ¿Estáis conmigo?».

—Recibí este mensaje hace tres días —explicó Sainclair. El holograma pintaba su cara con luz dorada—. Es una llamada enviada a todos los antiguos agentes de Overwatch. Alguien está intentando volver a levantar la organización.

—¿Tú formaste parte de Overwatch? —preguntó Baptiste, anonadado.

Nunca había conocido a ningún agente. Todos los sueños que tuvo de adolescente, el póster de reclutamiento que colgó sobre su cama en el orfanato y la esperanza secreta de que algún día, de algún modo, Overwatch llegaría para hacer que todo fuese mejor... y ahora tenía frente a él a uno de sus héroes de la infancia, un hombre dispuesto a asfixiar a su país con tal de obtener beneficios y a traicionar a su organización para salvar su vida.

—Nunca estuve sobre el terreno. No era más que un mandado, como tú —dijo Sainclair con un gesto hacia Nguyen—. Overwatch siempre me subestimó. La organización estuvo envenenada desde el primer momento y, cuanto más tiempo permanecí en ella, más comprobé como se corrumpía desde dentro.

—¿Y pensaste que lo mejor era contribuir a ello? —inquirió Baptiste.

No había organización perfecta; eso lo sabía comprobado en persona. No obstante, se suponía que Overwatch representaba algo mejor: la visión de un mundo mejor.

Sainclair lo observó con desdén.

—No creo que un agente de Talon tenga derecho a juzgarme. Al menos los vuestros supieron apreciar lo que yo valía. Para cuando las Naciones Unidas disolvieron Overwatch, yo le había facilitado suficiente información a Talon para mantenerlos ocupados durante muchos años... a cambio de una generosa gratificación.

Mauga le lanzó una mirada cómplice a Baptiste. ¿No se habían alistado todos por el dinero? ¿O quizá porque no tenían ningún otro sitio adonde ir?

Sin embargo, el caso de Sainclair era distinto. Él sí había tenido elección. Y eligió mantenerse al margen, con una cerilla en la mano, mientras Overwatch se consumía. Señaló el extravagante mobiliario de su despacho.

—Trabajar para Talon me reportó lo que Overwatch nunca pudo ofrecerme. Y ahora tengo información exclusiva para vosotros.

Nguyen estiró el brazo y giró el globo. Los nombres de los agentes de Overwatch y sus datos más importantes parpadearon en el aire.

—La cuestión es —comenzó Nguyen mientras veía pasar los rostros de los agentes— que presupones que no tenemos acceso a esa información, o que tú eres el único exagente de Overwatch al que tenemos comprado.

Sainclair palideció.

—Es verdad que no queda gente buena —dijo Mauga con un suspiro mientras sacaba su segunda arma—. ¿Qué te dije, Baptiste?

Mauga le había dicho eso mismo una vez y, puede, solo puede, que tuviese razón.

Sainclair dio un paso atrás y se topó con la silla del escritorio. Mauga le echó un vistazo a Baptiste con una sonrisa pícaro en el rostro.

—Muy bien. ¿Quién quiere hacer los honores? ¿Y si te encargas tú, colega? Demuéstrale a Nguyen que he acertado contigo.

Nguyen miró a Baptiste con una ceja enarcada, pendiente de él, como todos, expectantes por saber lo que iba a hacer.

Baptiste avanzó hacia Sainclair rodeando el escritorio.

—Sé lo que te mereces —dijo en voz baja mientras levantaba el fusil.

Colocó el rostro desesperado de Sainclair en el punto de mira. Sus súplicas caían en oídos indiferentes.

Con un solo disparo castigaría muchos males. Sainclair había causado mucho daño y se negaba a ayudar a la gente necesitada. Era el culpable de que la clínica tuviese problemas de escasez de medicamentos y los vecinos no pudieran recibir tratamiento. Pero ¿cómo iba a enmendar todo eso una bala en la cabeza? Nunca había sido capaz de ejecutar a nadie a sangre fría, ni siquiera cuando formaba parte de Talon. Sería más que un paso atrás hacia una vida que juraba haber abandonado, sería un paso más allá del punto de no retorno.

Y ese era un paso que no estaba dispuesto a dar.

Se llevó una mano a la granada cegadora que llevaban en el cinturón. Durante una fracción de segundo, Nguyen entornó los ojos al comprender lo que estaba a punto de hacer. Entonces, Baptiste arrojó la granada

al suelo, y un destello de luz deslumbrante inundó la habitación, seguido de una explosión ensordecedora. Los sonidos de Nguyen y Mauga quedaron ahogados.

Baptiste cogió la tableta electrónica del escritorio con una mano y se la metió en la chaqueta. Agarró a Sainclair por el abdomen sin hacer caso a su grito de sobresalto.

—Agárrate fuerte —le ordenó antes de activar los exoesqueletos de sus botas.

Con un chasquido, las estructuras se acoplaron y, al tiempo que Baptiste saltaba protegiéndose la cara con un brazo, los catapultaron hacia arriba, directos al tragaluz con vidriera del techo.

Hubo un disparo y, de repente, Baptiste sintió un dolor tan intenso en el brazo izquierdo que estuvo a punto de soltar a Sainclair. No tuvo que mirar para saber quién había abierto fuego ni para comprender que podía considerarse afortunado por estar vivo. Con Sainclair aún agarrado, embistió el tragaluz. Aterrizaron sobre el tejado en medio de una lluvia de esquiras de colores, y rodaron por encima de las tejas. Desde allí, la espesa arboleda que ocupaba la parte trasera de la mansión de Sainclair se extendía como una promesa.

No había tiempo para descansar. Baptiste sujetó con más firmeza a Sainclair y saltó hacia los árboles. Un instante después, el tejado estalló en pedazos en medio de un torrente de balas. Baptiste aterrizó entre los árboles después de tronchar a su paso múltiples ramas. Sainclair hizo ademán de protestar, pero Baptiste le tapó la boca con la mano.

—Ni una palabra —susurró.

Al ver que Sainclair asentía con los ojos abiertos de par en par, se arriesgó a mirar atrás.

Mauga estaba de pie en el marco de una de las cristaleras, oteando el laberinto de árboles. No quedaba ni una ventana entera. Todos los cristales habían quedado destrozados por los disparos de sus descomunales armas.

—Baptiste —lo llamó—. Amigo, solo quiero hablar.

Sus ojos se detuvieron brevemente sobre el lugar donde se ocultaba Baptiste, que contuvo la respiración. Fue el momento más largo de su vida.

Nguyen se le acercó gritando algo que Baptiste no pudo descifrar. Todas las arrugas de su rostro conformaban una máscara de furia. Se observaron durante un tenso momento y, luego, Nguyen se guardó el arma y desapareció de su vista.

—Lo único que estás haciendo es complicarte la vida —exclamó de Mauga desde la ventana.

Abandonó la cristalera, y Baptiste se escurrió entre los matorrales, seguido muy de cerca por Sainclair.



Cuatro años antes.

A Baptiste le dolían los pulmones por el humo. Se agachó junto al borde de un bote pesquero para desatar la cuerda de amarre. El muelle estaba tranquilo, pero sobre el agua brillaba el anaranjado reflejo de las distantes llamas.

—No me digas que te vas ya —dijo una voz familiar en un tono de reproche que dejó paralizado a Baptiste—. La fiesta no ha hecho más que comenzar.

Mauga estaba al otro extremo del muelle; no llevaba el casco. Tenía la armadura chamuscada y abollada por las balas, y la tez llena de hollín, pero lucía una sonrisa tan amplia como radiante. Sus armas apuntaban a Baptiste y, a su espalda, Monte Cristi ardía.

Baptiste se puso en pie lenta y cautelosamente.

—No pienso volver allí —afirmó—. Cuerva dijo que no habría bajas civiles.

Mauga negó con la cabeza.

—¿Y eres tan ingenuo que te lo has creído? Mira a tu alrededor, Baptiste. Esto es lo que hacemos —señaló mientras estiraba los brazos—. ¿Te acuerdas de Macati? ¿O de aquella vez en Singapur? ¿O has preferido olvidarte de todo aquello?

—Cuerva nos aseguró que aquellas misiones eran legales —recordó Baptiste con voz débil.

Había sido perfectamente consciente de la verdad incluso entonces. Sin embargo, nunca había querido creérsela. Y, a juzgar por la expresión de Mauga, él también lo sabía.

—Claro que nos lo aseguró. Y claro que no lo eran. Pero ¿a quién le importa? Estamos demasiado manchados, Baptiste.

Durante un instante, se esfumó toda su bravuconería. Solo estaban ellos dos, sin público, junto al agua.

—No existe la buena gente —continuó en medio del silencio—. Ni tú lo eres, ni yo tampoco. Lo único que podemos hacer es divertirnos mientras podamos.

Nada de aquello tenía un ápice de divertido; ni las matanzas ni los saqueos, nada. Lo único que experimentaba Baptiste era una nauseabunda sensación de horror.

Mauga recorrió el muelle en su dirección. Baptiste desenfundó su arma y le apuntó con ella. Mauga se detuvo en seco.

—No pienso volver allí —repitió—. Antes, tendrás que matarme.

Ninguno de los dos pronunció palabra; durante un momento prolongado, no se oyó más que el clamor de las olas y el débil y sordo crepitar de las llamas. El auricular de Baptiste emitió un zumbido y, a juzgar por su inclinación de cabeza, Mauga recibió el mismo mensaje.

—Teniente Augustin, ¿me recibe? —dijo el capitán Cuerva con voz seca—. Mauga, ¿lo has encontrado ya?

Baptiste sentía el martilleo del corazón en el pecho. Aunque fuese capaz de disparar primero —y lo cierto es que no quería atacar a Mauga—, no podría con el resto del escuadrón. Si Mauga lo delataba, era su fin, era hombre muerto.

Mauga lo miró fijamente durante varios segundos. Por fin, se llevó la mano a sus auriculares.

—Ni rastro de él por aquí, capitán —dijo alargando las palabras—. Voy a regresar. Cambio y corto.

—Recibido —contestó Cuerva, y se hizo el silencio en la línea de comunicación.

Mauga bajó las armas.

—Sé que no vas a dispararme, Baptiste —dijo con seguridad—. Ya puedes bajar el fusil.

Baptiste no lo hizo.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó.

Mauga se encogió de hombros.

—Me caes bien, Baptiste. Tienes algo especial, y no tenía demasiadas ganas de arrastrar tu cadáver hasta allí, porque pesas una barbaridad.

Se desperezó.

—Venga, vete. Eso sí, recuerda que me debes una. Llámame cuando estés listo para volver a casa.

Baptiste retrocedió sin perderlo de vista. Fiel a su palabra, el hombre no hizo nada para detenerlo.

—Gracias —dijo en voz baja.

No sabía si Mauga lo había oído, pero no se quedó más tiempo para averiguarlo. Arrancó el motor y se alejó del muelle y de Mauga, que seguía inmóvil junto al agua.



Para cuando Baptiste alcanzó el embarcadero, ya había despistado a sus perseguidores. Las fuerzas de seguridad de Sainclair no conocían la ciudad tan bien como él; Mauga y Nguyen, tampoco. Y al menos, Sainclair había dejado de resistirse una vez que se dio cuenta de que Baptiste representaba su mejor oportunidad para salir con vida de la situación.

Se introdujo en un almacén seguido por Sainclair. Le dolía el tiro de Nguyen, así que había improvisado una venda con la bufanda para cubrirse la herida. Recorrió un laberinto de cajas café y mangos hasta llegar a un barril azul en la parte trasera. Quitó la tapa y sacó la mochila que había escondido allí aquella misma mañana, horas antes de su encuentro con Mauga y Nguyen.

Dejó a Sainclair oculto tras un par de grandes contenedores de transporte, con una botella de agua en las manos.

—Mira, te explico —empezó a decirle mientras apoyaba un pie sobre una de las cajas cercanas—. Dentro de un par de horas, cuando la cosa esté más tranquila, mandaré a alguien para que te recoja. Esa persona te ayudará a salir del pueblo. A cambio, vas a abastecer a todas las clínicas del país con lo que necesiten, sin cobrarles nada. ¿Te parece bien?

Sainclair estaba lívido. No parecía comprender lo que decía Baptiste. «Un fugaz encontronazo con la muerte puede tener estas consecuencias», pensó Baptiste con frialdad.

Chasqueó los dedos frente a la cara de Sainclair, que dio un respingo.

—Oye, ¿sigues aquí?

Sainclair recuperó la voz.

—Lo que tú quieras, con tal de que me saques de esta con vida.

Baptiste se encogió de hombros.

—Eso depende de ti. Me gustaría pensar que eres un hombre de palabra, pero, si no cumples tu parte del trato, informaré a Talon de tu paradero.

Cuando Baptiste se disponía a irse, Sainclair alzó la voz.

—¿Por qué no me has matado antes? —preguntó.

Baptiste hizo una pausa.

—No mereces la pena —declaró, antes de desaparecer del almacén.

Había una serie de pesqueros en el embarcadero que se mecían suavemente al compás de la marea. Cerca de allí se veían unas cuantas cajas con mercancías apiladas y esperando a ser cargadas. Baptiste fue derecho hacia las embarcaciones de titularidad privada y escogió uno al final de una ristra de estaciones de carga de fusión. Los vehículos flotaban justo encima del agua con un sordo zumbido.

—Uy, esta situación me suena —anunció una voz detrás de él.

Mauga, embutido en una armadura que resplandecía al sol, recorrió el embarcadero en su dirección. Llevaba sus armas como si no pesasen nada. Su voz exhibía una vibración que Baptiste podía atribuir al subidón de adrenalina posterior a un combate.

—Ya te dejé escapar una vez, Baptiste. Sabes muy bien que no puedo hacerlo otra.

Baptiste lo observó. Hasta su propio cuerpo parecía vibrar con aquella energía alerta e inquieta.

—¿Dónde está Nguyen?

Mauga se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Supongo que en la mansión, encargándose del desaguisado; decepcionado con todos los que lo rodean, como de costumbre. No me canso de decirle que se le va a quedar la cara así para siempre.

Levantó el arma, y Baptiste se agachó para cubrirse. Las balas rociaron el hormigón y despedazaron las cajas que había cerca. El suelo se llenó de trozos de mango, y la pulpa salpicó a Baptiste mientras se cubría tras un contenedor de transporte.

Baptiste agarró su fusil con fuerza. Mauga iba en serio.

—Pensaba que querías llevarme de vuelta a Talon con vida —gritó.

—Así es —respondió Mauga con una voz que volvía a destilar ese ardor, esa misma promesa de violencia—. Pero me da la sensación de que voy a tener que convencerte un poco más. Todavía estamos a tiempo de hacerlo por las buenas.

—Nunca pensé que te oiría decir eso —confesó Baptiste.

Se arriesgó a asomarse desde detrás del contenedor. Otra lluvia de balas lo obligó a volver a su escondite. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho mientras contaba la munición que le quedaba. Bastante menos que a Mauga, al parecer.

—Por cierto, me enteré lo que les pasó al capitán Cuerva y a los demás. Una verdadera pena —exclamó Mauga.

El impacto seco de sus pasos retumbaba cada vez más cerca a medida que se aproximaba por el embarcadero.

Su antiguo escuadrón había cometido el error de ir a por Baptiste de uno en uno. Dejó a Cuerva para el final.

—¿Lo dices en serio? —resolvió Baptiste con la espalda contra el contenedor.

Con un fuerte clic metálico que se oyó por todo el muelle, Mauga acopló una nueva cinta de munición a sus armas.

—Qué va, nunca me cayó bien.

Baptiste maldijo al ver que otra salva de balas agujereaba el hormigón muy cerca de él. Los casquillos repiquetearon en el suelo a su alrededor. No había manera de alcanzar un barco desde allí y se estaba quedando sin tiempo, porque las fuerzas de Sainclair aparecerían en cualquier momento.

Entonces notó que se le clavaba una forma redonda y plana en la espalda, y tiró de su mochila por encima del hombro. «Espera...». La abrió y rebuscó en su interior hasta encontrar un dispositivo en forma de disco. Era algo en lo que llevaba meses trabajando, tan solo un prototipo, pero quizá...

—¡No dispaes! —gritó—. ¡Voy a salir!

Estiró el brazo desde su escondrijo, conteniendo la respiración. No llegaron más balas, así que, muy despacio, comenzó a salir de su cobijo tras el contenedor de transporte.

Mauga lo aguardaba a pocos metros de distancia, ataviado con sus gafas de sol. Aún lo apuntaba con ambas armas. La suave brisa del océano le ondeaba el pelo. Esbozó aquella sonrisa suya tan amplia.

—¿Por fin has entrado en razón, colega?

—La verdad es que no —dijo Baptiste mientras sacaba el fusil desde detrás del contenedor.

Lanzó el disco al aire y descargó sus balas contra la estación de carga de fusión que Mauga tenía a su lado.

La explosión estremeció el aire. La parte central del embarcadero salió volando, y en la ensenada empezaron a llover enormes trozos de hormigón. Algunos de ellos cayeron sobre la cubierta de los botes cercanos, que se fueron a pique. Las gaviotas salieron despavoridas, graznando.

Cuando pasó la humareda, Mauga había desaparecido. Baptiste estaba tumbado en un extremo del embarcadero, maltrecho pero vivo. El prototipo zumbaba en el aire, rodeado por un campo de energía protectora. Si seguía con vida, era solo por aquello.

—Está bien saber que funciona —dijo con un hilo de voz mientras pulsaba un botón en la parte superior. El dispositivo se apagó, y la cúpula de energía se disipó. Baptiste recuperó el disco y se dirigió renqueando hacia

uno de los barcos que quedaban, un yate de lujo atracado en el extremo más alejado del embarcadero. En la popa se podía leer The Sainclair en letra negrita y fluida.

No le costó nada cortar el cabo y desenchufar el cable de carga, y aún menos puentear el motor. Al tomar el timón, echó la vista atrás. El embarcadero estaba vacío; no se veía a Mauga ni a ninguna unidad mercenaria.

—Adiós a mis vacaciones —murmuró.

El yate se apartó del muelle y salió al mar dirigido por su mano experta.



Navegó durante una hora desde Port-de-Paix antes de permitirse un momento de relax. El motor del yate resonaba mientras el barco se abría camino por el agua. A su alrededor no había nada más que océano, una infinita extensión azul. La brisa marina olía a libertad.

Se quitó la armadura de combate y sacó el botiquín de su mochila. Estaba malherido, pero sobreviviría.

—No he perdido el talento —se dijo a sí mismo mientras buscaba lo necesario en el botiquín para suturar la herida—. Ha sido igual que aquella vez en Macati.

Mientras asaltaba el frigorífico del yate de Sainclair, notó que su teléfono empezaba a vibrar. Sorprendido, le echó un vistazo y descubrió que tenía cobertura. Se sentó con el aparato en la mano y pensó qué podía decirle a Roseline. Pronto descubriría lo que le había pasado a Sainclair, si es que no le había llegado ya la noticia. Tenía infinidad de cosas que decirle, pero muy pocas eran seguras; a buen seguro, Talon vigilaría sus comunicaciones con la esperanza de localizarlo. No podía decirle cuándo volvería a casa ni adónde se dirigía.

Por fin, decidió mandar un mensaje encriptado:

«Hola, Ros. He dejado a Sainclair en un almacén del muelle. Me ha prometido que abastecerá gratis a la clínica a cambio de un billete de avión para irse del pueblo. Envía a alguien para cerrar el trato. Si te da problemas, recuérdale que tenemos un acuerdo».

Tras un momento de vacilación, envió otro más.

«Cuidate, ¿vale?».

Con suerte, Talon no iría a por ella ni el resto. Con un esfuerzo, se sacó de la cabeza los recuerdos de Monte Cristi en llamas. No, lo más probable era que mantuvieran la clínica bajo vigilancia y aguardasen con la esperanza de que Baptiste volviese en algún momento para ver cómo iba todo. Tendría que pasar mucho tiempo hasta que fuese seguro regresar.

Pensó en Mauga y en el embarcadero, calcinado por la explosión. No había ni rastro de él, pero, conociendo a Mauga, seguramente siguiese vivo. Puede que no fuese lo más sensato, pero, en el fondo, Baptiste esperaba que fuera así.

Encendió la tableta de Sainclair, donde apareció el globo holográfico con los perfiles de los agentes de Overwatch: sus nombres reales, sus códigos de llamada, sus datos vitales... Rotó la esfera con un dedo mientras iba leyendo los archivos. En Oriente Medio, atisbó una cara que le resultaba familiar: una mujer de pelo rubio que había conocido en una zona de ayuda humanitaria en Venezuela. Trabajaron juntos durante casi una semana hasta que él tuvo que marcharse. Su porte calmado e invariable y su confianza en sí misma

tenían algo que le recordaba a Roseline. En su expediente de Overwatch se podía leer: «MERCY. Id. de agente: 3945_46. Nombre real: Dra. Angela Ziegler. Estado: inactiva».

Recordaba a Mercy de los pósteres de reclutamiento, pero la agente de Overwatch que sobrevolaba el campo de batalla con alas doradas no se parecía casi en nada a la doctora Ziegler, a quien solo había visto ayudar a gente que sufría y sudar en el interior de una clínica improvisada en una carpa. Si era una antigua agente de Overwatch, seguro que habría recibido esa llamada.

Tocó el punto brillante que señalizaba su última posición conocida en el mapa. Había pensado que Overwatch era una organización muerta, pero quizá no fuera así. Si Talon tenía a la doctora Ziegler en el punto de mira, tenía derecho a estar al tanto. Necesitaría ayuda para localizarla, pero, por suerte, sabía exactamente a quién pedírsela.

Abrió una aplicación encriptada de su teléfono, introdujo la contraseña y pulsó el botón de llamada en la parte inferior de la pantalla. Apenas habían sonado dos tonos cuando salió del altavoz una voz conocida.

—Hola, mijo. Cuánto tiempo.

—Hola, Sombra —contestó con la mirada puesta en el perfil de la doctora Ziegler—. ¿Me haces un favor?

+

FIN







BILZARD[®]
ENTERTAINMENT